

Puebla (México) 1979

El día 12 de diciembre de 1977 fiesta de Sta. María de Guadalupe, Patrona de América Latina y de las Filipinas, el Sumo Pontífice Pablo VI convocaba formalmente la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano para celebrarse del 12 al 18 de octubre de 1978 y señalaba los participantes por derecho, es decir, el presidente y el secretario General del CELAM, los presidentes de sus organismos directivos y los presidentes de las conferencias episcopales nacionales de América Latina y los elegidos por las respectivas Conferencias episcopales.

Con anterioridad, el Papa había asignado el tema que debería ser tratado y que tenía su eje en la *Evangelii nuntiandi* y había nombrado la ciudad de Puebla (México) como su sede.

La preparación se intensificó sobre el *Documento de Consulta* o «proyecto» que había tenido por base las reuniones regionales en que participaron alrededor de cien obispos, y que había sido elaborado por un nutrido equipo del CELAM. Era pues un material de consulta eminentemente provisional que se ponía al estudio y reflexión de las diversas conferencias episcopales cuyas aportaciones serían publicadas oportunamente de tal manera que los participantes pudieran confrontar cómodamente el proyecto inicial, las observaciones de los episcopados y el documento de base.

Poco más tarde el Papa formulaba una hermosa oración para pedir a Dios su luz para que los pastores den un nuevo impulso a la evangelización del continente latinoamericano y nombraba como presidentes de la futura asamblea al Cardenal Sebastiano Baggio, al Cardenal Aloisio Lorscheider, y al arzobispo Ernesto Corripio. Nombraba además a Mons. Alfonso López Trujillo como secretario.

Es curioso anotar que ya desde este tiempo de preparación se organizó un grupo de oposición a la Asamblea, cuyos motivos no siempre eran muy claros, aunque estaban unidos por un cierto temor, no muy infundado por cierto, de que sus concepciones teológicas, sociológicas, políticas recibieran una reprobación o desautorización por parte de la asamblea. Este grupo propagó ciertos rumores que, si bien falsos, podrían poner estorbos o retrasos que harían difícil el camino de los trabajos. Así por ejemplo, difundieron que el *Documento de consulta* habría sido furiosamente rechazado por las Conferencias de Brasil, Chile, Perú y Panamá. Otro infundio había sido el decir que el CELAM presionaba para que la sede no fuera Puebla sino Puerto Rico, a fin de asegurar que la CIA (en connivencia) impidiera la entrada de algunos obispos, o en su defecto, Roma, para allí garantizar los manejos de la Santa Sede temerosa del marxismo. Y así por el estilo.

El 12 de marzo la Santa Sede daba instrucciones sobre la participación de religiosos en la Asamblea, y en junio el Boletín del CELAM publicaba la lista de todos los participantes en número de 187.

Así las cosas, sobrevino la muerte del Papa Pablo VI, la elección y el efímero pontificado de Juan Pablo I y luego la elección de un nuevo pontífice en la persona de Juan Pablo II (agosto-octubre 1978).

Juan Pablo II convocó la asamblea para los días 27 de enero al 12 de febrero de 1979, reanudando así la pausa que necesariamente se impuso por los acontecimientos. La lista de participantes ascendió a los 356 contra los 249 que había tenido la anterior conferencia de Medellín.

Con gran sorpresa para todos, el nuevo Papa anunció al Colegio de Cardenales y de la curia romana su presencia en Puebla. «Pero antes de ir a la sede la Conferencia —había dicho el Papa— haré una parada en el célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. En efecto, de allí deseo extraer el superior ánimo y el necesario impulso, casi los buenos augurios, para mi misión de Pastor de la Iglesia, y particularmente, para mi primer contacto con la Iglesia de América Latina. El punto esencial del deseado encuentro con esa Iglesia será precisamente esta peregrinación religiosa a los pies de la Santa Virgen, para venerarla, para implorarle, para pedirle, para pedirle inspiración y consejo para los hermanos del entero continente».

La III Conferencia del Episcopado Latinoamericano debe entenderse a la luz del primer viaje apostólico de Juan Pablo II y casi nos atreveríamos a afirmar que debe ser considerada el primer fruto de su pontificado. El día 25 de enero, en que la Iglesia celebra la conversión del apóstol San Pablo, el Papa llegaba a Santo Domingo, la primera iglesia de América. Veinte horas duró esta primera jornada apostólica del Papa. Al día siguiente viaja a México en donde celebra la misa en la catedral y el día 27 en la Basílica de Guadalupe inaugura la III Conferencia del CELAM y coloca una diadema de oro a la imagen de la Virgen María.

El día 28 de enero se dirige a Puebla haciendo varias paradas en donde recibe las muestras más espontáneas del pueblo fiel y devoto y ya entrada la tarde pronuncia el discurso de apertura de las sesiones. Como un acto de la más alta importancia debe tenerse este discurso. El Papa asumió sin vacilación alguna su papel de pastor universal, su valor y su claridad animó a todos los obispos a cumplir con su imprescindible oficio de maestros de la fe y guías puestos por el Espíritu Santo para edificación de la Iglesia.

Ciertamente el trabajo fue arduo, pero se llevó a cabo con todo éxito. No es el objeto de esta breve presentación hacer un recuento del riquísimo contenido doctrinal y pastoral de esta Asamblea.

Luego de haber abierto los trabajos, el Papa continúa con su viaje apostólico por algunas ciudades del país, a Oaxaca y Cuilapan, zonas densamente pobladas por indígenas, Guadalajara, en donde tiene un encuentro con obreros y luego visita el devoto santuario mariano de Zapopan y el día 31 parte a Monterrey, el mayor centro industrial de México, y allí dirige la palabra a millares de obreros. Ya de

noche emprende el viaje de regreso a Roma, y en la escala técnica de las Bahamas pronuncia un último discurso en tierras americanas. El día 1 de febrero, después de ser aclamado en la plaza de San Pedro entra por fin al Vaticano.

Se asoma luego a las 7 de tarde desde la ventana de su despacho, reza el Angelus y añade: «En México me he encontrado muy a gusto, estoy contento; he vencido las tentaciones y... he vuelto».

Para terminar diremos que así como esta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano fue precedida de numerosas reuniones episcopales regionales, así también luego fue seguida de no menos numerosas reuniones episcopales por países. Nunca se había tenido una conferencia mejor preparada y mejor seguida. Nadie duda, pues, que esta III Conferencia fue un acontecimiento eclesial de primer orden y no sólo para el continente americano sino para toda la Iglesia universal.

Pocos días después, en la alocución dominical, el Santo Padre dijo: «Hoy en esta cita para el *Angelus* encomiendo a vuestras oraciones a todos los hombres con quienes me he encontrado en México: en la capital, Guadalupe, Puebla, Oaxaca, Guadalajara, Monterrey, y en los caminos y en las calles, y durante todas las reuniones y discursos. A todos los hombres de México y de América Latina. Oremos para que la Iglesia pueda cumplir su misión y su servicio en relación con todos estos hombres a fin de que ellos manifiesten el amor de Cristo que supera todo (cf. 1 Cor 13, 4), como el programa de su vida cotidiana, familiar y social; y oremos para que este amor se muestre más fuerte que todo lo que obstaculiza y trata de destruirlo. Que éste sea el fruto de mi servicio en relación con la Iglesia en México y en América Latina».

Alfonso ALCALÁ ALVARADO, M.Sp.S.
Moneda, 85
Col. Tlalpan
14000 México, D.F.

Santo Domingo 1992

1. Contexto de la IV Conferencia General y fases preparatorias

Del 12 al 28 de octubre de 1992 se celebró en Santo Domingo la IV Conferencia General, bajo el título de «Nueva evangelización. Promoción humana. Cultura cristiana»¹. Se eligió Santo Domingo, situado en la isla de La Española, por-

1. La IV Conferencia tuvo tres presidentes: el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado del Vaticano; el Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, arzobispo de Santo Do-